

# TESTIMONIOS DE LA ORGÍA

**Abilio Estévez**



93/Ensayo

## Índice

1. Retrato de Virgilio en el infierno.....	11
2. Testimonios de la orgía .....	29
3. Aire, cielo, palma y canela.....	59
4. ¿París? .....	79
5. El surtidor inmóvil de un encantamiento.....	95
6. Reinaldo Arenas, imagen del alucinado .....	113
7. Los poetas cubanos naufragan en la isla.....	151

# 1. RETRATO DE VIRGILIO EN EL INFIERNO

(Cien años de Virgilio Piñera)

Hablemos pues con los vivos  
hasta que podamos.  
Virgilio Piñera,  
“Alocución contra los necrófilos”

1. No era un hombre alto, sí extraordinariamente delgado, con un andar breve, ligero, que abusaba de las puntas de los pies, como quien camina sobre celajes. Por las fotografías, se conocen bien la frente amplia, la nariz curva, la barbilla exigua, los labios carnosos, que creaban lo que suponemos un perfil de halcón peregrino, un perfil dantesco. Las fotografías no revelan, en cambio, el encanto de los ojos, de un color entre el ámbar y el verde, con una mezcla de tristeza, melancolía, inteligencia y, por supuesto, mordacidad. Miope al fin, en la calle usaba espejuelos antiguos, de esos que se llaman afáquicos. Las fotografías tampoco descubren la belleza de las manos, de una extraña juventud. Si hubiera querido ocultarse y mostrar sólo las manos, ustedes habrían creído que era un chico de veinte años. La voz parecía escapar desde el fondo de una campana de hojalata. La inteli-

gencia y, como consecuencia, el sentido del humor, se enlazaba con la imaginación siempre excitada, rasgo que lo rejuvenecía aún más. Tenía salidas de adolescente. Era juguetón, intelectualmente juguetón, y no sé si la frase sea apropiada. Quiero decir: jugaba con las ideas y aunque sabía ponerse serio, su conversación estaba siempre repleta de paradojas y, sobre todo, de incitaciones, de opiniones y conceptos que luego, cuando se despedía, quedaban resonando con la intensidad de los repiques de aquella misma campana de hojalata de la que escapaba su voz. Salvo contadas excepciones, vestía como un hombre que se prepara para un corte de caña (aunque él hubiera dicho que se vestía como quien va a herborizar): zapatos que, aunque no eran botas, lo parecían: eran las que daban por cupones en los centros de trabajo; pantalón ancho, de tela mala; camisa de caqui gris con bolsillos de tapas, una talla más grande. Limpio y bien planchado, a pesar de que sostenía que sólo se bañaba los sábados. Nunca sudaba, ni bajo el más perverso de los mediodías. La jabita de yute con la que se iba a “forrajear” (verbo que se usó mucho en esa época, con su carga de correteo, de rastreo y de comida para caballos) y con la que se llegaba hasta el supercake de Zanja y Belascoaín, en busca de los pies de guayaba, no parecía en sus manos una jabita de yute. Había algo distinguido en aquel hombre llamado Virgilio Piñera que lo diferenciaba del resto de personas que bebían café en el quiosquito del night club Las Vegas, frente a Radio Progreso, o forrajeaban y subían y bajaban con jabitas similares por las calles Infanta y San Lázaro.

2. Un poco por propia decisión y un mucho por decreto ajeno, llevaba casi una vida de eremita. También son famosas sus rutinas: leer mucho, jugar canasta, acostarse temprano y levantarse antes del amanecer, a traducir algunos buenos libros como *Camino de Europa*, de Ferdinand Oyono; algunos que dan gracia, como *Noup, héroe de las montañas* o *Las pantunflas del venerable jefe del distrito*. En el mejor de los casos, tenía tiempo para sentarse a escribir. Su casa era lo más parecido a una celda y eso tiene que ver, por supuesto, con su decisión. Lezama, por ejemplo, que había sido igualmente convertido en cadáver civil, tenía su pequeña, húmeda y oscura casa, atestada de libros, de papeles, de cuadros de Saura, Arche, Portocarrero, Mariano, Arístides Fernández; algunas pequeñas estatuas y piezas de arte, incluso una talla en madera del padre de Alba de Céspedes, adornaban las estanterías de Trocadero 162. El apartamento de Piñera, en cambio tenía las paredes casi vacías. Cuando tuvo buenos cuadros, los vendió religiosamente para sobrevivir paganamente. Pocos muebles: un sillón (el que se ve en la foto famosa), una butaca de muaré, casi sin muaré, con los muelles visibles, también famosa porque aparece en varios cuentos, como en “Un jesuita de la literatura”. Un librero blanco con pocos libros. Se vanagloriaba de no almacenarlos, de tenerlos en su cabeza. Todo Proust en francés, las *Memorias de Ultratumba*, las memorias de Casanova, las de Saint Simon, *François le Champí* de George Sand, varios diccionarios; las *Impresiones de África* y las *Nuevas impresiones de África*, de Raymond Rousell;